

## Uno solo

Si hay alguien realmente repugnante entre la runfla de ruines individuos que actualmente lamen en Francia los ensangrentados zapatos de la Gestapo, ese alguien es Jacques Doriot. Jacques Doriot pertenece a aquella especie de sub-hombres que habiendo pertenecido alguna vez a un partido o a un círculo de hombres que sustentan una doctrina/<sup>política</sup>cualquiera, abandonan un día ese partido o ese círculo y se convierten no en enemigos políticos o doctrinarios de sus excompañeros sino en enemigos policiales, en enemigos físicos. Y esa actitud, que puede ser natural entre tratantes de blancas, entre contrabandistas, entre cuatreros o entre criminales, convierte a un hombre en traidor por antonomasia, traidor congénito, prenatal y postnatal.

Si un enemigo puede ser respetable, un renegado no lo será jamás. No lo será ni siquiera para aquellos a cuyas filas ha ido a parar. Lo utilizarán y hasta podrán darle algún papel, pero guardarán siempre con él una conducta de precaución, pues nadie, ni él mismo, sabe si mañana renegará de lo que hoy afirma y defiende, convirtiéndose, nuevamente, en enemigo de sus amigos de hoy. Entre los traidores la historia se repite demasiado a menudo.

Jacques Doriot, felizmente, aunque anda siempre custodiado -- es de imaginar la calaña de semejante custodia -- no es hombre que se oculte. Da la cara y se le pueden ver bien las espaldas y el pecho. Traidor activo, no se duerme. Su carrera depende de sus actos, por infames que éstos sean. Ahora mismo va en viaje al frente oriental, representando, talvez, a una flor y nata de los habituales residentes de los presidios de Paris.

Se dice entre los técnicos, que en las guerras actuales son necesarios un millón de proyectiles para matar a un individuo. Uno solo de esos proyectiles es suficiente para matar a ese individuo. Siempre, es claro, que le acierte bien.

Manuel Rojas